

Estudiantes Disidentes

Enfoques para construir una historia de las juventudes en los Largos Sesenta

Daniel Ceceña Aispuro¹



DOI: <https://doi.org/10.62457/bs0max83>

Recibido: 12/05/2025

Aceptado: 29/06/2025

Resumen

El interés por estudiar los procesos de activación política de las juventudes nace en los años sesenta y setenta, cuando los actores de los cambios sociales y una nueva generación de académicos voltearon a responder la pregunta de qué ocasionó los cambios de la llamada época de la ruptura. En la última década se ha planteado, desde la multidisciplinariedad y el transnacionalismo, analizar otros aspectos de la activación política de esos años, cómo los aspectos socio-culturales se han comportado como un vehículo para estos cambios de actitud y pensamiento. En este artículo propongo abordar cuáles son estos enfoques y marcos metodológicos con los que podemos acercarnos a esta nueva Historia de las Juventudes de los años sesentas y setentas, que nos ayudan a entender cómo ha sido leída, pensada y mirada esta época.

Palabras Clave: Juventudes, Politización, Contracultura y Guerra Fría, Latinoamérica.

¹ Universidad Autónoma de Baja California. Correo: daniel.cecena@unison.mx. <https://orcid.org/0009-0005-4668-9637>.

Abstract

The interest in studying the processes of political activation among youth emerged in the 1960s and 1970s, when the actors of social change and a new generation of scholars began to address the question of what triggered the transformations of the so-called era of rupture. In the past decade, a multidisciplinary and transnational approach has been proposed to analyze other aspects of political activation during those years, particularly how socio-cultural factors have acted as vehicles for these shifts in attitude and thought. In this article, I propose to explore the various approaches and methodological frameworks through which we can engage with this new History of Youth in the 1960s and 1970s, helping us understand how this period has been interpreted, conceptualized, and viewed.

Keywords: Youth, Politicization, Counterculture and Cold War, Latin America.

Introducción

La victoria de Javier Milei en las elecciones presidenciales de Argentina en noviembre de 2023 se debió, en gran medida, a los miles de jóvenes desencantados que se movilizaron para apoyar al proyecto de extrema derecha que presentaba el partido La Libertad Avanza (Lizzardy, 2023). Entre los colectivos juveniles, hubo quienes jamás se habían adentrado o participado en la política del país, pero que se lanzaron a la calle para articular un proyecto en el que creían apasionadamente (Cacopardo, 2024, 31m34s). En febrero de 2025, en las elecciones federales de Alemania, el partido político *Die Linke* resurgió tras varios años de estancamiento electoral gracias a la activación política de las juventudes a través de las redes sociales (Tagesschau, 2025). En 2019 y 2020 las movilizaciones feministas sacudieron a occidente, miles de mujeres jóvenes tomaron las calles de distintos países, unidas bajo ideas comunes y símbolos homogeneizantes (como el pañuelo verde). Para finales del siglo XX e inicios del XXI, el movimiento antiglobalista y los llamados *occupy* se nutrieron de la participación juvenil, ocupando los espacios públicos y encontrando lugares comunes en el lenguaje, la música y la ropa (entre otros elementos culturales) en poblaciones tan lejanos como Seattle y San Paulo. Hace ya algunas décadas mucho se ha escrito sobre estos momentos de protagonismo juvenil y estudiantil, desde las razones, las estructuras, las protestas y la violencia que en ocasiones genera, hasta la violencia que en ocasiones genera.

El interés por estudiar los procesos de activación política de las juventudes nace en los años sesenta y setenta, cuando los actores de los cambios sociales y una nueva generación de académicos² voltearon a responder la pregunta de qué ocasionó los cambios de la llamada época de la ruptura. La Sociología, la Antropología, las Ciencias Políticas, la Psicología, la Historia y otras ciencias sociales han analizado las estructuras de los movimientos estudiantiles, los partidos políticos, las formas de control estatal, la violencia política, las formas de coacción y la violencia política en particular. Pero es hasta la última década, o quizás poco más, que otra forma de analizar el fenómeno de la activación y la radicalización política en las juventudes ha surgido. Varios historiadores³, han propuesto redirigir el análisis desde la multidisciplinariedad y el transnacionalismo, dirigiendo la mirada a cómo los aspectos socio-culturales se han comportado como un vehículo para estos cambios de actitud y pensamiento.

Estas nuevas propuestas mueven el foco analítico de las estructuras armadas y partidarias (que son las que han ocupado el interés socio-académico), para ponerlo en la gran mayoría de gente que se movilizó no bajo estructuras políticas establecidas, sino que se fueron amalgamando y luchando a través de un lenguaje compartido, un lenguaje de la disidencia. Para esto, se han establecidos, reinterpretado y hecho conexiones con marcos y enfoques para compartir o construir herramientas metodológicas disciplinarias y categorías que brinden una profundidad analítica sobre estos temas culturales poco tratados.

En este artículo propongo abordar cuáles son estos enfoques y marcos metodológicos con los que podemos acercarnos a esta nueva Historia de las Juventudes de los años sesentas y setentas, que nos ayuden a entender cómo ha sido leída, pensada y mirada esta época.

A través de los debates y lecturas historiográficas que se han dado en la última década, principalmente en los Estados Unidos y Latinoamérica, estas propuestas metodológicas se han desarrollado como un campo interdisciplinario con características propias, conocer sus enfoques es esencial si queremos discutir estas cuestiones culturales y políticas. Para esto, se presentan primer las características en común que comparten las propuestas, para luego presentar el enfoque transnacional que atraviesa

2 En ocasiones ambos en una sola persona, estos son conocidos como los autores-actores.

3 Véase a Erick Zolov (2008,2014, 2018), Valeria Manzano (2017), Vania Markarian (2017), Jaime Pensado (2013), Victoria Langland (2013), Chirstopher Dunn (2016), Elaine Carey (2005), Jeffrey L. Gould (2009), entre otros.

horizontalmente a los tres marcos, para por último abordar cada uno de ellos.

Características generales

Es necesario recalcar que estas propuestas analíticas no son excluyentes entre sí, sino que trabajan en conjunto. En el mismo sentido, se tiene que decir que éstas no son estructuras cerradas y pulidas, sino que están en constante construcción y discusión, debido a su temporalidad. Esto significa que en ocasiones algunos de ellos pueden servir para un punto y en otras no, son maleables y dependen en gran medida de la creatividad de autores que pone a dialogar las particularidades con lo general para entender los entrecruces de los distintos objetos y categorías. Como ya lo señalaba E. P. Thompson (1978), estos marcos analíticos son herramientas que organizan y dan sentido, no son estructuras fijas que se imponen sobre la evidencia.

Los marcos y enfoques analíticos que aquí se presentan buscan retomar lo que la historiografía sobre América Latina durante la Guerra Fría había dejado de lado. El periodo posterior a la revolución cubana se enfocó principalmente en la insurgencia revolucionaria que se esparció a lo largo de la región, así como la contrainsurgencia y violencia desatada por los Estados-nación. Este énfasis analítico dejó de lado a las políticas culturales que se desarrollaron y que fueron parte fundamental en los procesos políticos y sociales. En las últimas dos décadas, los historiadores estadounidenses y latinoamericanos han propuesto una serie de marcos interpretativos que abordan los aspectos no armados de los cambios en las normas políticas y sociales, factores como la sexualidad, la moda, prácticas de consumo, música, nuevas tendencias en el cine, la literatura y las artes, así como los lenguajes y símbolos (Pensado & Ochoca, 2018), pasaron a ser observados desde el prisma de lo transnacional y lo interdisciplinario, para entender cómo la izquierda en Latinoamérica se desarrolló en un entretendido de políticas contraculturales que la hicieron socialmente diversa e ideológicamente compleja (Zolov, 2008).

Esto no deja de lado, ni intenta quitar importancia a los movimientos armados, sino que plantea que estos grupos existieron en un ecosistema que ligaba las prácticas contraculturales de consumo (Barr-Melej, 2017) con otras formas de movimientos opuestos al poder estatal y a las normas patriarcales de la época (Zolov, 2008). En este mismo sentido podemos entender la cuestión de los partidos políticos tradicionales y su rol en la organización política, ambos no funcionaron ni se desarrollaron en un vacío sociocultural.

Al quitar el foco de estos dos grupos queda sobre la mesa otro actor, los estudiantes. Si bien éstos no fueron el único colectivo destacable de la época, si fueron los que más nutrieron al ciclo de protesta. Son ellos los que le otorgan a la protesta un lenguaje común, objetivos claros, una cultura y una infraestructura disidente (Dunn, 2016). Esta preponderancia se constituye al pensar en el estudiantado como un ente político nuevo que pudo amenazar a las estructuras del poder, no solamente estatal, sino religioso, económico, cultural y hasta a los partidos políticos clásicos (Luna, 2019).

Cabe destacar la forma en la que estos actores saltan a la escena, rompiendo con sus formas tradicionales de ejercer la política y de entender a sí mismo y a la sociedad⁴. Este conflicto con sus propias tradiciones se refleja en la forma de actuar de los estudiantes universitarios de las décadas anteriores (Langland, 2013), los cuales no formaban parte de estas estructuras disidentes ni de movimientos sociales. Esto no significa que ellos fueron parte de una nueva etapa en la vida estudiantil que se desentendía de su pasado, sino que existen continuidades que van dando forma a cómo entienden ellos su militancia.

No necesariamente quiere decir que los estudiantes son el único actor que se estudia en estos procesos de politización juvenil, dentro de éstos existen también las clases obreras, las organizaciones católicas, los grupos musicales o artísticos, así como organizaciones feministas. Son todos ellos son parte de lo que se ha conocido como un gran movimiento de movimientos que actuó y se organizó en este periodo de radicalización y politización⁵. Con estas características aclaradas, entramos a la descripción de los enfoques y marcos analíticos metodológicos que nos sirven para leer esta época y a estos actores.

Enfoque Transnacional

La segunda mitad del siglo XX, en la cual se inserta el nacimiento de las juventudes como actores políticos y culturales, estuvo envuelta en procesos de violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria, de politización intensa, de radicalismos ideológicos, de reacciones políticas que a su vez aceleraron los ritmos de frustración,

4 En este sentido, la participación tradicional basada en los partidos establecidos y en los sindicatos de larga data, ya no servían como medios para la transformación política y social, lo que abrió otros canales para que las juventudes se activaran políticamente (Zolov, 2018).

5 Existe un problema de periodización que marque justamente el inicio y final de este ciclo de protesta, pero se tiende a hablar de un comienzo en 1958 con la huelga ferrocarrilera, 1964 con la huelga de estudiantes de medicina de la UNAM o 1965 con el asalto al cuartel madera. El final se ubicaría a principios de la década de los años 80, con el fin de los movimientos estudiantiles y el surgimiento de los sindicatos independientes.

miedo y extremismo (Grandin, 2010). Pensar esto desde una perspectiva fuera de lo nacional o local⁶, nos permite entender los contextos y el impacto que tuvieron en la historia de la región (Carey 2016).

Pongamos como ejemplo la década de los sesenta y setenta en occidente. Las juventudes latinoamericanas que participaron en movimientos políticos y contraculturales tenían muchas similitudes con aquellas en Europa o los Estados Unidos, compartían gustos musicales, ropa, lenguajes, ideas y simpatías. Tanto en Latinoamérica, Europa y EEUU, ser joven significaba estar consciente y simpatizar con la construcción de un mundo fuera de las concepciones hegemónicas (Barr-Melej, 2017), usando referentes comunes y compartidos. Con estas confluencias ideológicas y de consumo no podemos historizar estos procesos desde una perspectiva local o nacional, pero tampoco podemos inclinarnos a la generalización y asumir que todas estas juventudes pasaron y se desarrollaron de la misma forma. Si bien, estas tenían afinidades, la fuente del descontento fue distinta, como por ejemplo en Europa y Estados Unidos, esta movilización no logró la construcción de una ideología que traspasara las barreras de clase y generación (Dunn, 2016 y Gould, 2009).

El enfoque Transnacional fue propuesto por la historiadora estadounidense Micol Seigel (2005) como forma de observar el flujo de personas, ideas, imágenes y capital en contextos que van más allá de lo local, regional y nacional. Para ella, la Historia Transnacional se plantea como una subdisciplina que se enfoca en examinar cómo ciertas unidades de análisis (ya sean imaginadas o reales) desbordan y trascienden las fronteras. En la historiografía tradicional, éstas tendían a ser olvidadas o dejadas de lado, como en la Historia Internacional (aquella que estudia la interacción entre estados naciones) que prioriza temas como la diplomacia y las acciones militares. Es justamente esta característica de mirar hacia abajo⁷ que hace que la Historia Transnacional esté muy relacionada con los estudios sociales y culturales que aquí nos concierne.

6 A decir de Erick Zolov (2018), ninguna historia es completamente local, especialmente cuando hablamos de una era cargada por las intersecciones de cultura con ideología. Esto no disminuye la autonomía de los actores locales, sino que reconoce como los eventos globales forman las narrativas locales. Es por esto, que el llamado momento 68 constituye uno de los mejores ejemplos de lo que pasa cuando existen procesos simultáneos e interconectados que producen características propias de una unidad transnacional (Manzano, 2018).

7 Autores como Franz Fanon, Edward Said o Elsa Barkley llamaron la atención a observar las cuestiones transnacionales, dejando de lado las comparaciones, ya que éstas tienden a ser parte de la Historia internacional. La comparación requiere que el observador observe dos o más unidades cuyas similitudes y diferencias para luego describirlas, esta acción deja de lado los intercambios entre ellas. Mientras que para el enfoque poscolonial son justamente estos intercambios los que entiende como formadores de sujetos (Seigel, 2005). Actualmente se ha integrado la perspectiva postcolonial a las perspectivas transnacionales.

Bajo esta propuesta, se pone en duda la preponderancia de las naciones en la construcción de las narrativas, aunque no se pierde de vista que éstas son fuerzas decisivas e influyentes en la elaboración de ideas. Más bien, se pone sobre la mesa que son justamente eso, ideas frágiles, imaginadas por élites, para colocarlas como uno de los muchos rangos sociales de los fenómenos estudiados, en lugar del marco de estudio en sí, quitándole su carácter decisivo y formativo (Seigel, 2005). Esta nueva aproximación conceptual permite entender el cambio local dentro de los transnacionales que se dan por el cruce de fuerzas geopolíticas, ideológicas, culturales y económicas (Barr-Melej, 2017), revelando las conexiones personales, institucionales y sensoriales que contribuyeron a la fragmentación y configuración de nuevos actores políticos y sociales.

El enfoque plantea el análisis de estos problemas desde la transnacionalidad y desde la periferia, concentrándose en preguntas que involucran al tercer mundo y sus relaciones con la política de la Guerra Fría, las ideologías y las prácticas de consumo. También abre la posibilidad de profundizar en las complejidades históricas que hicieron de los sesenta y setenta una coyuntura crítica en occidente al darle prioridad a lo que antes solo se pensaba como una imagen de fondo; en este sentido, Latinoamérica cobra un papel central en las dinámicas transnacionales (Zolov, 2014 y Pensado, 2013), pasando de entenderla como un escenario de segunda importancia donde se trató por imponer el dominio de alguna de las superpotencias, a verla y trabajarla como espacio donde los países de la región no estaban sujetos al poder los Estados Unidos o Rusia, sino que existió una suerte de juego de péndulo, donde a veces se acercaban a uno u otro, dependiendo de las dinámicas internas propias de los países.

De la misma forma, con el transnacionalismo se plantea que las influencias culturales no fueron unidireccionales, sino que Latinoamérica fue campo de cultivo para ese lenguaje de la disidencia que se extendió por occidente. Para la historiadora Victoria Langland (2013), al examinar los movimientos estudiantiles de los sesenta y setenta con el enfoque Transnacional, se entiende el grado de conexión o la influencia que tenían los estudiantes locales con aquellos de otros lados⁸ y se examina cómo las creencias contemporáneas, miedos y suposiciones acerca de estos vínculos afectaron los eventos locales. Al hacer esto, los historiadores demuestran cómo estas particularidades se entienden mejor dentro un contexto mundial amplio, en el cual circulan muchas unidades de análisis y su intersección crea fenómenos diferenciados

⁸ Estas conexiones no solo se dieron a través de libros, películas o música, sino también a través de medios de comunicación como periódicos estudiantiles, posters y revistas (Carey, 2016).

con significados culturales propios (Zolov, 1999). Es así como la historiografía de la juventud durante el periodo de la guerra fría es especialmente nutrida por el enfoque transnacional.

Historia del Tiempo Presente

El interés por los temas concernientes a estos años significó un replanteamiento metodológico y epistemológico para los historiadores ¿Cómo analizar estos periodos contemporáneos al tiempo propio del investigador? ¿Cómo construir ese pasado que impacta e incide en el presente? A partir de la década de los setenta⁹, se empezó a historizar¹⁰ lo acontecido en la Segunda Guerra Mundial; por ejemplo, en Francia se abordó el colaboracionismo del régimen de Vichy, en Alemania la *Shoa* y el exterminio de otros grupos políticos, en Italia el fascismo y en España los crímenes del franquismo y la transición política.

En Latinoamérica, nació ligada, como metodología, a los procesos traumáticos de las dictaduras militares y las transiciones a la democracia. Estas rupturas institucionales se estudiaron primeramente por los sociólogos, antropólogos, periodistas, psicólogos y posteriormente los historiadores, que ante la necesidad de conocer la verdad y entender el cómo fue posible esas violaciones de derechos humanos, se lanzaron a crear un campo epistemológico, que aunque estuviera ligada a los desarrollos en Europa, se presentaba como nuevo por sus peculiaridades. Se propuso estudiar, con los métodos de la Historia, los acontecimientos o procesos de una realidad social activa en el presente, de los cuales todavía vive una de las tres generaciones que lo conocieron, o sea lo coetáneo¹¹ (Allier, 2018, Bédarida, 1998 y Santiago, 2021), rompiendo con la idea tradicional de la Historia de tener una distancia de varias décadas con el objeto de estudio.

Claro está, que debido a lo maleable del objeto de estudio y de las temporalidades,

9 Es una década de crisis política, social, cultural y epistemológica dentro de distintos campos de las ciencias sociales. Es de este quiebre que surgen distintos enfoques historiográficos que aportan a la Historia del Tiempo Presente: la Historia de los de Abajo, de E. P. Thompson, que cuestionó la mirada opaca de centrarse en las élites, abriéndose a los márgenes, lo subalterno, lo del día a día (Allier, Vilchis & Vicente, 2020).

10 Al hablar de historizar me refiero al proceso que hace un historiador de ver los cambios y permanencias a lo largo del tiempo, sea pasado o sea presente.

11 Al estar tan cerca el límite temporal del investigador se ha propuesto que esta es una historia de lo inacabado, de procesos sociales que aún están en desarrollo, de ahí que se diga es coetánea (Aróstegui, 2004). Esto define el presente histórico en el que se trabaja, ya que da forma a las relaciones entre los colectivos que habitan el espacio afectado por los acontecimientos. Para Allier (2020), esto marca la movilidad de los márgenes de esta historia, ya que no existe un periodo fijo de estudio, sino que se va desplazando, dependiendo con las generaciones viven el tiempo histórico.

esta subdisciplina se nutre y moldea de la multidisciplinariedad, al tomar prestado metodologías de ciencias como la sociología, antropología, ciencias políticas y filosofía, y ponerlas a en un diálogo y debate comunal que busca resolver temas que colindan entre los campos de estudio del pasado reciente. Esto abre el área teórico-metodológica de la Historia del Tiempo Presente que no solamente se cruzan con la Historia, sino que se solapan en temas y preocupaciones propias del campo de las memorias y la política (Tortti, 2021). También se toman en cuenta los trabajos conjuntos entre historiadores de distintas partes del mundo, quitando el foco de lo nacional a lo regional.

En México, la Historia del Tiempo Presente (HTP)¹² se empezó a desarrollar de la mano de los Estudios de Memoria a principios del siglo XXI. Al igual que en los procesos europeos y suramericanos, se busca construir nuevas interpretaciones de las narrativas de ese pasado traumático, que algunas corrientes historiográficas más tradicionales que han dejado de lado. Esto ya sea porque encuentran la cercanía con el objeto de estudio inviable, o en aquellas si llegan a establecer nuevos relatos históricos, no explican desde qué posición política lo hacen.

De esta forma, las críticas se concentraron en cuestionamientos que ponían en duda la capacidad analítica de un tejido vivo, de un pasado caliente, se cuestionó la objetividad que se puede llegar a lograr, que le otorgara un rigor científico, al momento de abordar un pasado presente, de la misma forma la carencia de un distanciamiento temporal con el objeto de estudio y la inexistencia de fuentes primarias para tratar el tema (Franco y Lvovich, 2017). Las respuestas de este campo naciente a estas afirmaciones han sido diversa y han servido para que éste se vaya consolidando. En un primer término, se planteó que la cercanía no implica la distorsión de los hechos, sino que la importancia está en mantener dentro de las narrativas todos los hechos que forman el rompecabezas, sin juzgarlos a pesar de que se tenga una posición al respecto (Allier, 2020). Un punto que es esencial es que no se busca ocultar que el historiador tenga una inclinación, ya que no existe una neutralidad frente a tu objeto de estudio (la elección misma del tema a investigar muestra una posición personal), sino que el investigador se coloca desde una posición política¹³. Esta propuesta historiográfica se

12 Tanto en distintos países de Latinoamérica, como en Europa, este enfoque en construcción se conoce por distintos nombres.

13 La cuestión de la neutralidad, así como la posición política dentro de la Historia del Tiempo Presente ha sido abordada por diversos autores como Eugenia Allier (2018), Julio Arostegui (2004), Luis Sanfelippo (2012), Graciela de Garay (2007), Mario Santiago (2021), Camilo Vicente (2023), María de Carmen Collado (2021), entre otros.

diferencia al campo disciplinario tradicional, al reconocerse como subjetiva,¹⁴ distante de la neutralidad y con una posición política marcada.

Entonces, ¿qué estudia la Historia del Tiempo Presente? ¿Existe una temporalidad en la que se especializa, o algún periodo? No, es más bien una forma de hacer historia cuyo objetivo es analizar el presente, un presente del cual brotan y se hacen presentes los sentidos del pasado a través de acciones, no simplemente de conocimiento (Allier, Vilchis, y Vicente, 2020). Se busca saber en qué medida el acontecimiento puede ser relevante para hablarnos de algo que va más allá de esto que acaba de suceder, cómo se relaciona con otros aspectos de la sociedad, con otros momentos del tiempo. Se ocupa de asuntos del presente, pensando de dónde vienen, dónde nacen, cuáles son sus raíces y cómo se explica las situaciones actuales. Claro está, que debido a lo maleable del objeto de estudio y de las temporalidades, esta subdisciplina se nutre y moldea tanto la multidisciplinariedad al tomar prestado metodologías de ciencias como la sociología, antropología, ciencias políticas y filosofía, y ponerlas en un diálogo y debate comunal que busca resolver temas que colindan con los campos de estudio del pasado reciente.

Esto abre el área teórico-metodológica de la Historia del Tiempo Presente que no solamente se cruzan con la Historia, sino que se solapan en temas y preocupaciones propias del campo de las memorias y la política (Tortti, 2021); como de los trabajos conjuntos entre historiadores de distintas partes del mundo, quitando el foco de lo nacional a lo regional.

Las inquietudes que dan forma al enfoque son justamente las demandas políticas y sociales que se dan a través de cuestionamientos sobre los acontecimientos que aún duelen, que dañaron y siguen dañado el tejido social, estructuras o instituciones sociales como el Estado, que amenazan a grupos o colectivos (Allier, Vilchis, y Vicente, 2020). Esto hace central la figura del testigo, de aquel que vivió el acontecimiento y que plantea sus demandas sociales por historizar el presente. Él representa la fuente principal para el historiador del tiempo presente, su testimonio, es la presencia de una memoria palpable que está determinada por una historia colectiva y que tiene un objetivo puntual: sanar el tejido social (Allier, 2020). Cabe mencionar que éste no está libre de controversia como cualquier fuente, ya que puede crear fisuras en las narrativas al increpar la Historia propuesta por el investigador. Si bien este enfoque

¹⁴ Se ha señalado que existe una buena subjetividad y una mala subjetividad, la primera es aquella que el historiador crea una narrativa sin sesgos de rencor o que cae en olvidos y silencios cómplices, mientras que la segunda es aquella que se robustece de estos vicios (Allier, 2020).

nace de analizar los temas que colindan o son parte del trauma, la violencia, el dolor y el olvido, la Historia del Tiempo Presente se ha expandido a abarcar cualquier aspecto cultural, familiar, vida cotidiana, entre otros.

Los Sesenta Globales

A la par de estos cambios, y alimentándose de los campos epistemológicos de las ciencias sociales en Europa y Estados Unidos, en los últimos veinte años la historiografía empezó a replantear la periodización¹⁵ con la que se estudiaba el 68 y la década de la ruptura, planteándose la idea de los *Long Sixties*, que entiende a estos años como un proceso que comenzó a mediados de la década de los años cincuenta y terminó en la segunda década de los años setenta (Markarian, 2017). Los Largos Sesenta, por su traducción al español, se entienden como una era de políticas estudiantiles caracterizadas por una nueva cultura de protesta más agresiva y violencia política intensa, en la cual el activismo político no se desarrolla en un vacío, sino que se caracteriza de un lenguaje internacional de la disidencia que lleva al estudiante al rol protagonista de la lucha revolucionaria o democrática. Este nuevo actor adopta estrategias disidentes a la autoridad y toma postura de una abierta oposición al poder político, cultural y social (Pensado, 2013).

En este sentido, con nuevas formas de construir las narrativas de ese pasado cercano se crearon nuevos marcos interpretativos para tratar los estudios de la Guerra Fría en las regiones periféricas. Esto posibilitó nuevos posicionamientos epistemológicos y nuevas posibilidades de investigación. Podemos rastrear este cambio en la historiografía en los Estados Unidos y Europa con la apertura de los archivos comunista tras la caída de la Unión Soviética. Por su parte, en Latinoamérica, esta nueva historiografía que trataba los años sesenta y setenta de forma revisionista corrió en paralelo a los procesos de Verdad y Reconciliación ocurridos en el cono sur tras el colapso de las dictaduras. Los proyectos que salieron de esta colaboración no solo

¹⁵ Existe un debate en la periodización del enfoque de los Sesenta Globales, distintos historiadores colocan su punto de partida en distintos momentos, para Christopher Dunn (20016), la periodización tiene que ver con la región y puede ser distinta dependiendo de ésta, por lo que una periodización general es muy difícil. Jaime Pensado (2013), por su parte, señala al año de 1956 para señalar el inicio de los largos sesentas en México, coincidiendo con la huelga estudiantil del Instituto Politécnico Nacional. Renata Keller (2015) mueve la fecha y la coloca con la revolución cubana, otorgando un punto de partida regional. De la misma forma, podemos encontrar el debate en el punto de cierre, se ha planteado por ejemplo 1978 como cierre por la aparición de nuevas formas de movilización políticas (Zolov, 2018), pero no existe unanimidad, sobre todo pensando en la caracterización de los ciclos de protesta y pensando en la diversidad de características de las regiones dentro de un mismo país. Bien se puede hablar de una fecha de inicio en Ciudad de México, mientras que, en San Paulo, Brasil no puede igualarse. De la misma forma podemos hablar de distintas periodizaciones dentro del mismo país.

buscaban esclarecer el pasado, sino que entre sus objetivos estaba la justicia y plantear la responsabilidad de los Estados ante sus víctimas. A su vez, estas investigaciones generaron cuestiones de mayor alcance que tenían que ver con el establecimiento de políticas de violencia estatal y su impacto en la vida cotidiana (Zolov, 2014).

Los historiadores que trabajaron con ellos asumieron una perspectiva global como marco de referencia que buscaba integrar las corrientes más tradicionales sobre la diplomacia y la geopolítica con intereses que caían más en la Historia Social, Económica, Intelectual y Cultural. Se buscó entender las consecuencias de una Guerra Fría como una guerra global, de como ésta se desarrolló en un Tercer Mundo cargado con movimientos revolucionarios con aspectos interdependientes e interconectados con un fenómeno global (Zolov, 2014), quitando la perspectiva de que las naciones en esta periferia eran simplemente espectadoras y no tenían agencia en el conflicto. Para ellos, la Guerra Fría se insertó sobre luchas preexistentes entre élites y otros grupos que buscaban formar un estado nación (Pettiná, 2018 y Joseph y Grandin, 2010), y que al conectarse con el conflicto Global, lo usaron para avanzar sus propias agendas, y no en el sentido contrario, como se había pensado. Este nuevo marco metodológico e interpretativo es conocido como los Sesenta Globales.

Entonces, lo que el enfoque plantea es entender el cambio local con unos marcos transnacionales cargados de geopolítica, ideología, cultura y fuerzas económicas que rompan con la idea de una potencia hegemónica que controla los destinos de los países subalternos, para pasar a un entendimiento de una realidad mucho más compleja en la cual se presentan fuerzas que producen reacciones simultáneas y similares en distintos contextos geopolíticos, lo que pareciera indicar una cierta interconexión. En este sentido, se plantea una Latinoamérica que es incubadora de imágenes, actores, ideas y sonidos disidentes, una región que no solo importa ideas, sino que exporta nuevas sensibilidades al norte global. Para esto se propone tratar los aspectos geopolíticos no como meros puntos de referencia de un planteamiento internacional, sino que éstos sean puntos de partida para entender las motivaciones que promovieron que esa internacionalidad se construyera y compartiera en niveles nacionales y locales. También, plantea profundizar en los cambios de los sentimientos que fueron caracterizando a las juventudes y que las impulsaron a la activación política (Zolov, 2008, 2014 y 2018).

De la misma forma, se cuestiona la idea establecida de una dicotomía entre comunismo/capitalismo y primer mundo/tercer mundo; profundiza en las dinámicas

y diversidades de la izquierda, ya sea armada, partidista, vieja/nueva y movilizadora, explorando las implicaciones políticas y de radicalización que tiene la contracultura global¹⁶, así como la agencia misma de las juventudes en su activación política (Berr-Melej, 2017). Uniendo estas propuestas se abre la perspectiva analítica para actores que no se ponían sobre la mesa, entendiéndolos desde la complejidad de sus características transnacionales, así como el impacto que tienen en ellos estas condiciones planteando una relación de dos sentidos. Así, permite explorar cómo la lucha estudiantil se compartió entre cuatro continentes, como la alianza forzada entre la movilización por la reforma universitaria y las clases trabajadoras compartieron tácticas y organizaciones que se repitieron en distintas regiones y naciones.

La centralidad de la Guerra Fría se cuestiona en este enfoque, plantea que entre su enormidad y su permeabilidad local, este conflicto moldeó las relaciones entre los países periféricos y los hegemones de manera recíproca y no impositiva. Al moverla de su papel central como marco interpretativo de todos los movimientos y movilizaciones de izquierda, así como centro de los miedos y las reacciones de las élites¹⁷, se busca descentralizar el complejo panorama regional compuesto por redes profundas de intereses, influencias (ideológicas y culturales), de sentimientos y aspiraciones (Zolov, 2018). Esto sin quitarle su protagonismo, ya que fue en muchas maneras central en la activación política de la época.

En este sentido, la nueva historiografía plantea la interacción entre México y los Estados Unidos como un péndulo en la que las complejidades de la geopolítica y las dinámicas globales, moldean la forma en la que se desarrollan las reacciones y políticas públicas al tratar de lidiar con las distintas formas de protesta y disidencia, así como las formas en que las élites reaccionar ante lo que veían como un desafío a sus valores y principios (Gould, 2009) en el uso de discursos anticomunista, mientras que el Estado Mexicano mantenía relaciones fuertes con Cuba tras su revolución y posicionamiento socialista. Todo esto, inserto en serios procesos de violencia política y violencia estatal que vivió el país de forma paralela a otros países latinoamericanos.¹⁸

16 Este nuevo campo de estudio, alimentado con las disciplinas de los estudios culturales, literarios y etnomusicología, explora como qué rol tuvieron de las prácticas estéticas, de consumo, así como las películas, el teatro, la música y la literatura en la activación política y de disidencia de las juventudes de esos años. Se busca pues, repolitizar la cultura y así expandir lo que se entiende por política (Zolov, 2014 y Markarian, 2014).

17 En el discurso estadounidense, militares, conservadores y personal del gobierno de ese país sí se posicionaban a las insurgencias inspiradas en la revolución cubana como la principal amenaza a la seguridad nacional del país, de sus intereses y de la región, por lo que urgían una respuesta autoritaria para terminar con cualquier peligro (Gould, 2009). Claro, este enfoque plantea analizar no solo el discurso y las perspectivas estadounidenses, sino como las peculiaridades de los países latinoamericanos utilizaron estos discursos para lograr sus objetivos.

18 Este posicionamiento rompe con el llamado excepcionalismo mexicano, que plantea que el país no

En este mismo sentido, recalcando el papel de estira y afloja que desempeñaron los países latinoamericanos antes los grandes hegemones, también se ha volteado a ver las interacciones existieron entre México y la Unión Soviética, ya fuera con el programa político llamado Coexistencia, así como con la búsqueda de varios países latinoamericanos para establecer relaciones diplomáticas con el bloque soviético, o el establecimiento de casas editoriales e intercambios académicos.

Entonces, examinar los casos latinoamericanos con el lente de los Sesenta Globales nos permite observar como la geopolítica se inmiscuye en las particularidades locales, y desarticula los procesos amplios de creación de los estados nación, creando resistencia y el surgimiento de movimientos políticos culturales. También abre la posibilidad de entender los cambios en la complejidad de razones que llevó a millones de individuos a activarse políticamente y ponerse como figura central de estos procesos, en zonas de interacción e intersección cultural, o de como Zolov (2018) las llama, *zonas de polinización intelectual*, que influyeron de forma decisiva en cómo la juventud interpretó su realidad. Es justamente este nuevo actor y sus complejidades, el siguiente apartado.

Nueva Izquierda

Por último, el más nuevo de los tres marcos analíticos explorados y por lo tanto el menos consolidado, el que aborda más directamente a la juventud. Los jóvenes politizados fueron aquellos que asumieron un rol decisivo en esta época de ruptura, formando organizaciones estudiantiles, guerrilleras, culturales, religiosas, de barrio y políticas que se salían del molde con el que venía trabajando la izquierda hasta ese momento.¹⁹ Se opusieron al *status quo* por medio de diversos repertorios de protesta compartidos a nivel internacional. A este cambio generacional que rompió con las tradiciones políticas culturales, se le ha conocido en la historiografía desde hace décadas como la Nueva Izquierda.

La idea de la Nueva Izquierda se plantea a finales de los años sesenta en los Estados Unidos para referirse al movimiento de oposición social, político y cultural fue parte de los amplios procesos de violencia estatal y políticas de exterminio que fueron parte esencial de la Latinoamérica de la Guerra Fría. Al contrario, se plantea que México se alineó con los posicionamientos geopolíticos de planteados por el Secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara, conocidos los preceptos de seguridad Nacional (Mazano, 2014).

¹⁹ Si bien hablamos de izquierda, esto no quiere decir que estos enfoques analíticos no puedan servir para abordar a las agrupaciones juveniles de derecha, así como a colectivos, de ambos lados del espectro, que funcionaran de forma intergeneracional, como fue la regla en Latinoamérica, más no en Europa y los Estados Unidos, donde sí se marcó significativamente la diferencia generacional.

desarrollado en el occidente en el periodo de los largos sesentas, que la diferenciaba de aquella vieja izquierda apegada a los partidos comunistas, que tenían posturas dogmáticas y tradicionales en el ámbito social y fuertemente dependientes de los dictados de Moscú (Barr-Melej, 2017). Diferentes autores han planteado que más que ver a ésta como una categoría de análisis, se tiene que pensar como un marco analítico que rompe con las cuestiones de la historiografía tradicional y dejar de priorizar, al igual que los Sesenta Globales, a la insurgencia revolucionaria y la contrainsurgencia, para centrarse en las políticas culturales (Zolov, 2008, 2014 y 2018 y Tortti, 2021). Temas como la sexualidad, el género, las experiencias colectivas, la moda, música y otras prácticas de consumo nos permiten entender que la izquierda latinoamericana era socialmente diversa, ideológicamente compleja y más comprometida con la contracultura que lo que se había propuesto desde la historiografía clásica.

Es justamente esta característica, de enfoque más que de categoría²⁰, que aquí nos interesa. Claro está, que estos planteamientos significan reinterpretar lo que planteaba la idea original de la Nueva Izquierda. En un principio, como ya se mencionó, se argumentó desde los Estados Unidos y Europa, que ésta se refería a los movimientos revolucionarios que glorificaban la violencia y se distanciaban de las tradiciones políticas y de movimientos de oposición que los precedieron, ya fueran marxistas, reformistas o pacíficas (Manzano, 2014). Era pues, un movimiento de movimientos, una izquierda no unificada con varios centros de poder que se relacionaban entre ellos a través de una serie de arreglos estratégicos (Zolov, 2008), pero inclinados al el cambio por medio de las armas.

Zolov (2008) argumenta que esta categoría, concebida desde el norte global, debe de ser implementada como marco analítico en Latinoamérica, ya que los movimientos sociales son más complejos en su diversidad y configuraciones, que van desde edad, clase, género, ideología e intergeneracionalidad que aquellos que se dieron en Europa y los Estados Unidos. Por eso plantea que es necesario reinterpretar la idea, para no caer en la generalización y cerrar las puertas a cualquier práctica que se plantee fuera de la dicotomía revolucionario / contrarrevolucionario, sobre todo en un escenario latinoamericano. Para Joseph (2008), esto significa entender a la Nueva

20 La categoría ha sido objetada por varios autores, porque se plantea que solo sirve para los movimientos sociales de los Estados Unidos y Europa, por lo que solo se podría aplicar a aquellos fenómenos que, como en estos lugares, fueron parte de corrientes políticas o ideológicas generadas en el ámbito de los partidos tradicionales de izquierda o en la intelectualidad crítica de éstos (Tortti, 2021). Para la historiadora Valeria Manzano (2014), la nueva izquierda como categoría aglutinante no sirve para estudiar las particularidades argentinas, ya que ésta tiene su propia historia que tiene que ver con la lucha armada y el peronismo, así como a principios de los 70 muchos roqueros rechazaban cualquier conexión con la izquierda.

Izquierda como aquella que nace desde las bases sin organización previa, sin partidos tradicionales o sindicatos que representaban la vanguardia revolucionaria. Grandin (2011) profundiza en la definición al afirmar que se trata de aquellos movimientos que tenían una posibilidad/voluntad de actuar y cambiar las cosas, aquellos que tomaban las armas y las daban todo por cambiar sus condiciones y la de sus comunidades, sin una coordinación central, líderes o estrategias en común. Eran pues, un movimiento de movimientos que compartían ciertos marcos comunes de referencia.

Pero Zolov (2008) afirma que estas definiciones se quedan cortas, ya que dibujar un marco en el que solo se encuentren los movimientos armados o que se movilizaron política y socialmente deja fuera a un amplio sector de jóvenes clasemedios²¹ que no tomó parte directa en la lucha armada, pero que fueron profundamente impactados por la cultura y las tendencias políticas. De la misma forma, no deja espacio para abordar las prácticas contraculturales y los preceptos religiosos que movilizaron a miles de jóvenes, pero que han sido silenciados por los procesos históricos que tienden a enfatizar la lucha armada y las revueltas. Para la historiadora María Cristina Tortti (2021), al hablar de la Nueva Izquierda no se debería de englobar solamente a los grupos de ideología de izquierda, sino que más bien es este lugar dentro del cual encajan tanto aquellos que rompían con los reformistas partidos de izquierda, como aquellos que desde los espacios tradicionales proponían romper con la burocracia que los frenaba, así como los diversos sindicatos, grupos universitarios y colectivos religioso. Es una forma de señalar esta convergencia de sentidos sociales y políticamente progresivos de movilización, a la par del desarrollo de protestas y nuevos repertorios de protesta, operaron procesos de subjetivación política que cimbraron a las formas tradicionales de identificación política. A pesar de esto, no podemos hablar de que entre ellos hubiera una total identidad de intereses, sino que más bien existieron coyunturas y convergencias que les llegaron a dar un camino común.

Debido a ello, la Nueva Izquierda desborda las fronteras de la categoría para convertirse en un marco analítico. De esta forma, es necesario englobar los aspectos no armados, desde los planteamientos radicales a las normas políticas y sociales, las prácticas contraculturales y contrahegemónicas, las nuevas sensibilidades estéticas, las tendencias en el cine, la literatura, el teatro, la música y las artes, así como el impacto

²¹ El historiador Jeffrey Gould (2009) hace una marcada de diferencia entre clase y puntualiza la clase media es un concepto geográficamente elástico, no podemos pensar que es lo mismo en Estados Unidos y Latinoamérica, ya que en la última se incluía en ella a los hijos de los empleados de gobierno, trabajadores administrativos, tenderos y otros que están en otras latitudes se podían pensar como clase trabajadora. Eran estos los que engrosaron las filas de la Nueva Izquierda.

que tuvo la teología de la liberación en la activación política de jóvenes católicos en Latinoamérica. Se propone pensar estas características desde la complejidad de los procesos transnacionales sin extraerlos de los discursos y proximidad con la violencia de los movimientos revolucionarios, caminando en el mismo sentido que los Sesenta Globales, pero cargándose más hacia la figura política de la juventud y sus colectivos²², sus tácticas de contención y sus estrategias que varían con el paso del tiempo (Inclán & Muñoz, 2017). Para no difuminar los rasgos propios de cada actor, Tortti (2021) recomienda no abrir demasiado el marco, por lo que recomienda pensarlos con la ayuda de marcos como el de Ciclos de Protesta²³.

Con esto se pretende considerar las orientaciones y repertorios de protesta que les dieron un carácter solidario entre ellos, unificándolos como movimientos que duraron periodos de años, en lugar de pensarlos como actores efímeros diferenciados. También, nos permiten analizar cómo los actores sociales hacen escuela, pulen sus objetivos y al final de los ciclos, se institucionalizan (o son reprimidos), rompiendo con la formas en que otros marcos interpretativos no reconocen la tradición de la cultura política (Tarrow, 1989). De la misma forma, se abre la posibilidad de enfocarnos en la actividad de grupos e individuos dentro de la protesta, dejando de lado las posiciones de masas.

Por último, es necesario hacer hincapié en cinco cuestiones presentadas por Tortti (2021) para complejizar este marco analítico: Se debe tomar en cuenta que la nueva izquierda se compone de un movimiento heterogéneo; es necesario entender que las categorías y los marcos conceptuales no necesitan calzar perfectamente a la hora de abordar los fenómenos; cuando profundizamos en la periodización de la

22 En estas asociaciones organizativas, se involucran grupos de intereses diversos, partidos políticos y asociaciones profesionales.

23 Sidney Tarrow plantea en su libro *Democracy and Disorder* (1989), como Ciclos de Protesta como aquellas dinámicas de la acción colectiva en largos periodos de tiempo, que, por su duración tienen una trascendencia y complejidad analítica mayor. Éstos se componen de olas de acciones colectivas que suben y bajan en intensidad, terminando con un declive marcado en la actividad colectiva, ya sea de manera violenta o institucionalizándose, que surgen de periodos de crisis políticas. Sus líderes y repertorios de protesta tienden a mantenerse a lo largo del ciclo, aunque este último presenta en cada pico cierto nivel de innovación, que sirve para mantener la intensidad viva, con respecto a sus demandas tienden a crecer y expandirse al incluir a nuevos actores colectivos. En el aspecto organizativo, casi nunca se encuentran controlados por un solo centro, sino que tradiciones organizativas antiguas, junto con nuevas formas se complementan para crear nuevas formas de estrategias y resultados (Tarrow, 1983). Bajo esta idea, Tarrow (2011) plantea que hay que centrar el foco analítico no sólo en las macroestructuras, sino también en las condiciones políticas que llevan a los ciclos a explotar, ya sea la división de las élites, el incremento en los recursos de los grupos marginales, y la difusión de nuevos marcos de pensamiento dentro de la sociedad. Su estudio abre la puerta para el análisis de nuevas perspectivas, no sólo en cuestiones temporales, sino de observar el desarrollo de los actores involucrados, formas organizativas (acciones de protesta) y su relación con la sociedad y el espacio.

Nueva Izquierda, tenemos que hacerlo desde los Ciclos de Protesta, para poner la continuidad sobre la mesa; las hipótesis que salgan de este marco no tienen que buscar ser definitivas ni rígidas, sino que permitan entender cómo los actores comprendieron su situación y dieron sentido a sus acciones. Es decir, se busca analizar el sistema de representaciones que construye la forma en que, en una época, grupos sociales actúan e imaginan su porvenir, frente a lo que ven como cambios o amenazas, ya que es aquí donde se condensan las ideas, pasiones y sensibilidades que otorgan la legitimidad a las instituciones que ordenan la vida; por último, y en este mismo sentido, es necesario mostrar los mecanismos que permiten que ciertas ideas se conviertan en ideales y proyectos políticos que brincan la frontera de lo individual a lo colectivo.

A manera de conclusiones

Estos marcos analíticos nos permiten entender los fenómenos como el activismo cultural; las vanguardias artísticas; la politización de los intelectuales y profesionales que entendían en su actuar laboral un compromiso político con la comunidad en su conjunto; los procesos de radicalización y politización de la clase obrera y el estudiantado que a su vez formó ligas con grupos agrarios en lucha, o de reivindicación de derechos como la vivienda en las ciudades, así como con grupos del llamado catolicismo renovador. Esta concentración en las juventudes, en plural, como un actor multifacético, intenta sacar del foco analítico de las guerrillas y a los partidos políticos, para pasarlo a aquellos que engrosaron las filas de los movimientos sociales y políticos que dieron forma a una época. Estos enfoques presentan una mirada en conjunto que pone sobre la mesa los vínculos que existieron entre los grupos y movimientos juveniles (estudiantiles, de vanguardia cultural e intelectual, etc.) con organizaciones no tradicionales, que ayudaron a nutrir el ciclo de protesta.

En este sentido, la historia de las juventudes, la nueva historia de las juventudes tiene que poner el foco en las dinámicas de modernización sociocultural que pluralizaron los sentidos de pertenencia y reconfiguraron los modos de vivir de las clases medias y trabajadoras en los espacios supuestamente homogeneizante de las culturas de consumo. Esta nueva historia necesita romper con la idea de que las y los jóvenes se activaron políticamente por la expansión económica de la posguerra y la democracia liberal, premisas que no se sostienen cuando se incorporan contextos latinoamericanos de inestabilidad económica y autoritarismo político (Manzano, 2017). Desde esta óptica no solo se puede abordar a los movimientos estudiantiles y activistas, sino que también abre la puerta a entender movimiento por la liberación femenina, derechos

de los homosexuales, reivindicaciones del amor libre y otros grupos que buscaban la aceptación pública de diferentes estilos de vida.

Referencias

- Allier, E. (2018). Balance de la Historia del Tiempo Presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico. *Revista de Estudios Sociales*, 65, 100–112.
- Allier, E. (2020). El tiempo presente en la Historia: generación, memoria y controversia. En *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente* (Pùblicamemoria nº 15) (pp. 49 – 75). Bonilla Artigas Editores.
- Allier, E., Vilchis, C., & Vicente, C. (2020). Introducción. Arañar el tiempo estando sobre la cresta de la ola. En *En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente* (Pùblicamemoria nº 15) (pp. 13 – 33). Bonilla Artigas Editores.
- Aróstegui, J. (2004). *La Historia Viva: Sobre la historia del presente*. Alianza Editorial.
- Barr-Melej, P. (2017) *Psychedelic Chile. Youth, Conterculture, and Politics on the road to socialism and dictatorship*. The University of North Carolina Press.
- Bédarida, F. (1998). Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20, 19–27.
- Borlaug, N. y Dowswell, C. (2004). *Prospects for World Agriculture the Twenty-First Century*. CRC Press
- Cacopardo, A. (Anfitrión). (2024). Episodio 4: ¿Giro a la derecha o subjetividad neoliberal? En *Los monstruos andan sueltos*. CLACSO. Spotify.
- Carey, E. (2005). *Plaza of Sacrifices. Gender, Power and Terror in 1968 Mexico*. University of New Mexico Press.
- Collado, M. (Coord.)(2021). *Nueve Ensayos Sobre Historia Del Tiempo Presente*. Instituto Mora
- Dunn, C. (2016). *Contracultura. Alternative Arts and Social Transformation in Authoritarian Brazil*. The University Of North Carolina Press.
- Franco, M. y Lvovich, D. (2017). Historia reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 47, 190 – 217.
- Garay, G. (2007) (ed.), ¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente?, *Para pensar el tiempo presente: aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*, Instituto Mora, 7–30.

- González, M. y Chama, M. (2022) "Politización y radicalización: reflexiones sobre sus usos y sentidos en la producción académica sobre la 'nueva izquierda' en Argentina". En González Canosa, M. y Tortti, C. (dirs.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina: debates conceptuales y análisis de experiencias*. (pp. 37-70). Prohistoria.
- Gould, J. L. (2009). *Solidarity under siege: the Latin American left, 1968*. The American Historical Review, 114(2), 348-375.
- Grandin, G. (2010). Living in Revolutionary Time. Coming to Terms with the Violence of Latin. En Grandin, G., & Joseph, G. (Eds.). *A century of Revolution. Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin America's Long Cold War* (pp. 1-45). Duke University Press.
- Grandin, G. (2011). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. University of Chicago Press.
- Inclán, M., y Muñoz, I. (2017). A la sombra de Sidney Tarrow: Conceptos básicos para el estudio de los movimientos de protesta. *Política y gobierno*, 24(1), 189-212.
- Joseph G. y Grandin, G. (2010). *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence during Latin American's Cold War*. Duke University Press.
- Joseph, g. (2008). What We Now Know and Should Know: Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies. In G. M. Joseph & D. Spenser (Eds.), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (pp. 3-46). Duke University Press.
- Keller, R. (2015). *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*. Cambridge University Press.
- Langland, V. (2013). *Speaking of Flowers. Student movements and the making and remembering of 1968 in military Brazil*. Duke University Press.
- Lissardy, G. (20 de noviembre de 2023). El cambio venció al miedo: 3 factores que explican el contundente triunfo de Javier Milei en las elecciones de Argentina. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/articles/c983yrw5jvwo>
- Luna, S. M. (2019). El "problema juvenil": entrecruces de clase y género en la representación de los "rebeldes sin causa" y la delincuencia juvenil en los sesenta. En: I. Meza y S. Moreno (coord.) *La condición juvenil en Latinoamérica: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*. México, IISUE, 2019, 109-130.
- Manzano, V. (2010). Juventud y modernización sociocultural en la argentina de los sesenta. *Desarrollo Económico*, 50(199), 363-390
- Manzano, V. (2014). Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones, política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970. *Desarrollo Económico*. 54(212),

(pp. 79 -104).

- Manzano, V. (2014). Rock Nacional and Revolutionary Politics: The making of a youth culture of contestation in Argentina, 1966 -1976. *The Americas*, 70(3), 393-427.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde perón hasta Videla*. Fondo de Cultura Económica.
- Markarian, V. (2014). To the Beat of "The Walrus": Uruguayan Communists and Youth Culture in the Global Sixties. *The Americas*, 70(3), 363–392.
- Markarian, V. (2017). *Uruguay, 1968. Student Activism from global contraculture to Molotov Cocktails* [Versión Kindle]. Recuperado de Amazon.com.
- Pensado, J. & Ochoa, E. (2018). Introduction: Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, Radicals, and repression. En Pensado, J. & Ochoa, E. (Eds). *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, Radicals, and repression during the global sixties and subversive seventies* (pp. 3-18). The University of Arizona Press.
- Pensado, J. (2013). *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political culture during the long sixties*. Stanford University Press.
- Pettinà, V. (2018). *Historia Mínima de la Guerra Fría en América Latina*. El Colegio de México.
- Sanfelippo, L. (2012), El trauma en la historia. Razones y problemas de una importación conceptual, en *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 40.
- Santiago, M. (2021). Una frontera porosa. La relación entre historia del tiempo presente y periodismo de investigación. En: Collado, M. (Coord.) *Nueve Ensayos sobre Historia del Tiempo Presente. Miradas desde México*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2021, 79 – 100.
- Tagesschau. (26 de febrero de 2025). *Wen Wählten Jüngere und Ältere?* <https://www.tagesschau.de/wahl/archiv/2025-02-23-BT-DE/umfrage-alter.shtml>
- Tarrow, S. (1983). *Struggling to reform: Social Movements and policy change during cycles of protest*. Cornell University Press.
- Tarrow, S. (1989). *Democracy and Disorder Protest and Politics in Italy 1965 – 1975*. Oxford University Press.
- Tarrow, S. (2011). *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge University Press.
- Thompson, E. P. (1978). *The Poverty of Theory and Other Essays*. Monthly Review Press.
- Tortti, M. (2021). Historia Reciente y nueva izquierda: una revisión. En M.C. Tortti y M. González Canosa (Dirs.); J.A. Bozza (Coord.), *La nueva izquierda en la historia reciente argentina: Debates conceptuales y análisis de experiencias*. (pp. 17-36).

Prohistoria.

Verdugo, J. A. (2016). *Estudiantes en Lucha: Los documentos personales como herramientas analíticas en el estudio de los movimientos sociales: el caso de la Universidad de Sonora*. Universidad de Sonora

Vicente, C. (2023). *Instantes sin Historia. La Violencia Política y de Estado en México*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Zolov, E. (2008). Expanding our conceptual Horizons. The shift from old to a new left in Latin America. *A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos*, 5(2), 47-73.

Zolov, E. (2014). Introduction: Latin America in the Global Sixties. *The Americas*, 70(3), 349–362.

Zolov, E. (2018). Integrating Mexico into the global sixties. En Pensado, J. & Ochoa, E. (Eds). *Mexico Beyond 1968. Revolutionaries, Radicals, and repression during the global sixties and subversive seventies* (pp. 19-32). The University of Arizona Press.

Zolov, E. (2018). Los 60 fueron globales. *Lento*, 62, 9-19.